

David Vildoso Lemoine

Entre el
Amor
y la
Locura

Grupo Editorial
Kipus

Segunda Edición

Entre el amor y el tormento

— ¡Maldita! Quédate con él, pero, a mí ya no me verás nunca más...

El cielo se partió en dos por un estruendo y el relámpago iluminó su camino, fue como el presagio de lo que acontecería después.

Era el último mes del año, el novato, por fin, llegó a orillas del río, mientras la riada desprendía un fétido olor pues sus aguas arrastraban lama e impurezas de sus riberas, un aguacero de proporciones épicas había azotado el lugar una hora antes; pero, los truenos, relámpagos y rayos aún competían en las alturas.

La sombra errante se dio tiempo para saborear esta fetidez combinada con sus lágrimas. Con apenas diecisiete años, el muchacho ya se había hastiado de este mundo, y era flagelado por el sufrimiento. Esta guerra sobre su cabeza le era indiferente comparado con los golpes dentro de sus pensamientos. Tampoco tenía noción del tiempo, además, ¿que importaba si eran minutos antes o minutos después de medianoche?, porque una voz le ordenaba desde su interior lo que debía hacer, y ni siquiera sintió el cimbronazo de un rayo cercano acompañado de un ruido espantoso, que solo hizo temblar la tierra. Es más, antes de arrojarle a los brazos del monstruo que lo devoraría, murmuró:

—Mi alma murió con ella; esto sólo es mi cuerpo
—Sin más, se lanzó, dejándose caer pesadamente...

Un relámpago, un rayo y el rugir del río sintieron el vacío de su alma. Como un pedazo más de un tronco partido se perdió entre las negras bofetadas de las olas, camino a una muerte decidida y voluntaria.

¡Nooo!

—¡Maldito tormento, te extinguiré! —zumbaban avispas en los pensamientos de la muchacha.

Nerviosa, miró a su alrededor y el resplandor verde de sus ojos reflejaba que ya no pertenecía a este mundo. Sus ojos desorbitados buscaban algo desesperadamente, lo primero que vio fue un electrodoméstico, con el que tiempo atrás había planchado su vestido blanco. Antes, se dirigió a la cocina y temblorosa agarró un cuchillo, y blandiendo la filosa y fina navaja cortó el cordón de la vieja plancha, que sería su arma mortal. Además, en un tiempo irreal jugueteó con el afilado instrumento, cortando el aire en dos, haciéndolo chillar, y con los que consideraba que serían sus últimos pasos, se dirigió al balcón. Desde aquel lugar contempló el cielo por última vez. Con sus manos temblorosas, amarró el cable al travesaño de metal que bordeaba el marco superior del balcón. Con el otro extremo del cordón, después de una pausa ligera, hizo varios nudos alrededor de su tierno cuello, y con una habilidad jamás practicada, suavemente se deslizó, hasta quedar colgada en medio del vacío. Atrapada por el arrepentimiento de última hora, quiso zafarse de la horca, pero la trampa era mortal. Su rostro luminoso se oscureció, gradualmente, sus movimientos eran escalofriantes, abrió sus brazos como las alas de una mariposa moribunda. En su oscuridad buscaba que alguien la abrace y la salve.

Sus zapatos de tacos altos fueron arrojados por las convulsiones y volaron por los aires hasta chocar contra el pavimento del patio: habían sido los mismos zapatos que la llevaron ante el notario aquel día y noche, que había entregado todo al hombre de su vida. La muchacha parecía una muñeca de porcelana, a ratos aún se retorció, camino a una muerte decidida y voluntaria...

Eran mediados de junio en Sopachuy, cuando Ignacio conoció a la persona que cambiaría su vida para siempre. El invierno golpeaba el lugar con un frío húmedo que escarchaba en los amaneceres y el aliento del rocío helado de los ríos que lo rodeaban recrudecía los días de aquella época. Así era Sopachuy, uno de los más bellos vergeles chuquisaqueños, por su excelente clima, su amplia vegetación, y, como se dijo líneas arriba, por estar ubicado entre las riberas de los ríos: los hermanos San Antonio y Horcas. A los que sin duda debe su nombre “Supay Churu”, en castellano “Isla del Diablo”.

Los sopachueños podían jactarse de este paraíso, pues entre ellos decían: “tenemos agua fría, caliente y además tibia”, estas aseveraciones eran ciertas, porque las aguas del río Horcas eran frías, en cambio las del río San Antonio eran notoriamente calientes, y al final del pueblo ambos se combinaban armónicamente para producir agua fresca.

Ciertamente era un gusto estar allí, y la mirada de Ignacio Santos no disimulaba sentimientos: estaba muy alegre por estar en aquel paraíso: *su paraíso*. En la primera hora de la tarde, y con los rayos del sol derritiendo la capa de crema de protección solar de su rostro, Ignacio emprendió su caminata en dirección al río. Dos días antes, en la capital, y después de muchas

solicitudes y trámites, por fin, le habían otorgado unas vacaciones.

Ignacio trabajaba como economista en una institución financiera y debía cargar con una gran responsabilidad, porque, era el ayudante directo del contador. Era precisamente él quien llevaba la carga, porque debía pagar derecho de piso, era nuevo en la institución. Esta ocupación de lunes a viernes durante ocho, nueve, diez, o más horas, además de los días sábados hasta mediodía le dejaban agotado. Así que cuando aprobaron sus vacaciones, sintió que todo iría bien...

Ignacio Santos, por fin, gozaría de vacaciones, y nada más ni menos que en su añorado terruño. Su sonrisa de satisfacción habló por sí sola al recibir una brisa de aire con los aromas de las flores, de los árboles silvestres y, también, del agua rebelde y fresca de los ríos que rodeaban a su pueblo. *“Por fin, escapé del ruido de la ciudad, al menos por un tiempo... ¡llegó la hora de disfrutar de mi tierra y de no pensar más en mis afanes debido a mi trabajo...!”* Pensó, apretando la toalla que usaría, una vez nadase en el río, sonrió; pero, de pronto, al caminar por la calle de tierra y pasar por las últimas viviendas del pueblo, ¡la vio!

Primero, se aproximó por curiosidad, luego, al estar un poco más cerca sintió que debía seguir acercándose, y al estar ya a unos pasos de ella, le fue imposible desviar la mirada.

Fue un momento único y mágico, donde uno siente que el tiempo se detiene por única vez en la vida..., pero, no sólo fue el tiempo, quizá algo más se detuvo, quizá, la misma materia o la sustancia de las cosas, el detalle es que Ignacio sintió aquello al verla.

Al ver a la muchacha...

Lo que más llamó su atención, además de su cuerpo delicadamente esculpido por la oscilación de su caminar, fue la forma con la que lo hacía, pues aquella joven parecía estar sumida en su propio mundo. Agachada y con la vista fija en el piso, parecía taladrarlo mientras andaba.

Ignacio sintió su aroma, un olor a humo de leña de los árboles secos de Sopachuy, y a cada paso que daba la joven rascaba el áspero camino levantando el polvo con sus sandalias gastadas en la parte de los talones. Sus cabellos estaban enroscados y unidos por la suciedad del tiempo.

Ignacio caminó un buen trecho al lado de la joven. Pero ella, por alguna razón, seguía su rumbo sin percibir la presencia del curioso.

“¡Mírame, mírame!”, gritaba Ignacio Santos en su interior, deseando con toda su alma que aquella joven le atendiera.

Y en ese instante, inexplicablemente, ella levantó el rostro y lo miró.

¿La joven habría escuchado los “gritos” de ansiedad del desconocido?, porque sus ojos verdes chocaron contra las pupilas negras e inquietas de Ignacio. Le mostró el verde de la primavera, le hizo sentir parte de ella, y le llenó el alma de dicha. Además, alcanzó a sonreírle mostrándole su rostro celestial.

En aquel instante, los efectos que causaron esos ojos verdes luminosos de cielo al meterse en Ignacio, bajo la forma de átomos invisibles mezclados con el polvo del camino, penetraron en sus pulmones, pasaron a flotar

en su sangre y luego impactaron en su corazón. Quedó sembrada una semilla de incertidumbre y más curiosidad.

Entonces, en un destello, el tiempo nuevamente se puso en marcha. Eso fue todo, un cruce de miradas acompañadas de una sonrisa mágica concluyeron la primera impresión.

Dándose la vuelta, la muchacha empezó a alejarse, apenas, todavía levantando el polvo del camino con sus sandalias.

Vestía un pantalón beis de tela con unos bolsillos grandes repartidos por todos lados, y una blusita anaranjada gastada por el tiempo.

Ignacio no olvidaría jamás su brazo derecho: casi pegado a su vientre, con el puño apretado y paralizado por alguna razón.

Apresurada, la muchacha ingresó a una pequeña tiendita, perteneciente a una de las últimas casas que surcaban la salida del pueblo.

Ignacio se quedó tieso, sin poder acomodar sus emociones al haber visto la inocente y fulminante mirada de aquella joven.

Como el calor del sol al amanecer fue su sonrisa, y sus ojos, dos pozas verdes encantadoras y celestiales, formadas, cada una, por los ríos de Sopachuy. No sabía cómo habría de explicar todo lo que sentía; pero debía saciar la ansiedad de su alma, necesitaba saber quién era esa joven, y sus pensamientos no dejaban de chillar en su mente:

“¿Por qué su mirada desnudó mi alma? ¿Por qué tuve que atraer su atención? ¿Qué me está pasando?”. Estaba claro que nunca, hasta ese momento, había

sentido algo parecido. “Debo hacer algo” se decía; una y otra vez.

Ignacio había nacido en Sopachuy un 15 de septiembre hacía más de tres décadas; con sus treinta y dos años, metro ochenta de estatura y su cuerpo esbelto, era envidiado por su entorno de amigos. Tenía la pinta de un guardaespaldas agresivo, pero abrigaba en su interior un corazón de oro.

Era del tipo de ciudadano que nunca cruza los límites de lo prohibido y siempre mantiene su cabello recortado y peinado pulcramente.

Las horas más largas de su infancia las pasó chapoteando en las aguas de sus ríos, y su carácter tranquilo se debió a dicha rutina.

Con el corazón en el puño, sintió que esta vez no sería la excepción; así que, tratando de olvidar la presencia de la muchacha y sus ojos verdes, fue hasta la orilla, se desvistió, puso la ropa sobre una piedra y se sumergió en su poza favorita; pero ni las olas embriagadas de caricias pudieron quitarle de la mente el rostro de la muchacha.

Pasó algo más de una hora en su jacuzzi natural, y al salir, lo primero que hizo, luego de secarse y vestirse, fue ir al pueblo y comenzar a indagar sobre aquella personita que no le estaba dejando tranquilos los pensamientos.

El pueblo de Sopachuy parecía más una ciudad pequeña, pues contaba con una plaza ubicada en el centro del poblado y otra a la salida del mismo hacia la capital.

Casi todas las calles de Sopachuy eran pavimentadas, y otras empedradas unidas con cemento; le sorprendía a Ignacio reconocer que el pueblo resplandecía por su limpieza.

En una de las esquinas de la plaza estaba ubicada la tienda de abarrotes de don Rigoberto Santos, el primo de Ignacio.

El comerciante era conocido por todos los pobladores de la zona, además que su negocio también contaba con un camión de alto tonelaje. Estaba casado con Rosario Oros, a quien muchos conocían como doña Charo; ambos estaban cerca de cumplir los cincuenta años.

Un tanto absorto por haberse topado con la muchacha de ojos verdes, pero fresco por su reciente baño, Ignacio ingresó al negocio de su primo con la toalla colgando del hombro derecho y la frente iluminada por el sol.

Aquel negocio consistía en una amplia sala rodeada de armazones, todos colmados de toda clase de artículos de comercio.

Ignacio buscó por un momento un lugar para sentarse, y cuando distinguió en la banca al lado de las bolsas de azúcar se acomodó y tomó asiento.

—¿Qué tienes hermano, no te fue bien en el río? —le preguntó Rigoberto.

—Todo bien, como el agua estaba fría, me desperecé de un tiro —contestó Ignacio, aunque un tanto desanimado, porque la inquietud que le dominaba estaba muy marcada, así que se apresuró a preguntar—: Rigo, a la salida del pueblo me encontré con una chica, parece que no habla y tiene el brazo un poco torcido; cuando la vi, arrastraba sus chinelas al caminar y tenía los ojos verdes más bonitos que he visto hasta el momento; ¿la conoces?

—Debe ser la Azucena —dijo Rigoberto—, ¡esa opita!, parece loca, y solo habla algunas palabras con personas de su confianza.

La respuesta de su primo hermano desgarró la sensibilidad de Ignacio.

—Pero, ¿de dónde es?, ¿qué tiene?, ¿siempre fue así?, ¿qué le paso?

—Su familia es de una población cercana a Tarija; pero ella nació en Sopachuy y era completamente normal, y como dijiste, es muy bonita por esos ojazos verdes que tiene; pero algo le pasó en Sucre, cuando ella estaba estudiando para maestra en la Normal, hace ya más de un año; no sé más, el resto lo debe de saber la Charo, va a estar en la tarde; a ver si le preguntas, de seguro te va a contar.

La respuesta de Rigoberto fue más leña para avivar el fuego que acongojaba a Ignacio. Éste se despidió de su primo y se dirigió a lo que, antes de viajar a la capital, había sido su domicilio.

Era una casita sencilla, estaba ubicada a una cuadra de la plaza principal. Este inmueble era lo único que le habían dejado sus padres, ya fallecidos muchos años atrás.

Ignacio tenía un hermano que vivía en Sucre, pero siempre que podían, visitaban Sopachuy, como queriendo saciar la sed constante que había en sus almas. Cada hermano tenía su habitación y el inmueble contaba con un patio, donde dos árboles de naranjo mecían ininterrumpidamente sus ramas, como adivinando la presencia de su propietario.

Las horas transcurrieron rápidamente e Ignacio se había quedado dormido en su sillón favorito, a la

sombra de las ramas del naranjo; el agua de la poza le había adormilado y, muy adentro de su ser, encontró un sentimiento de ansiedad que ni él mismo comprendía.

El frío húmedo que recogía la brisa de los ríos San Antonio y Horcas le despertó.

Su primera impresión fue que tenía que ir a trabajar. Se puso de pie, casi como si estuviera en alerta.

Su mente le había hecho creer que amanecía, pero sus sentidos se acomodaron a la realidad rápidamente, porque fijó su vista al morro donde estaba la imagen de San Pablo y supo que estaba en Sopachuy, en su casa, y específicamente en su patio.

Su primer pensamiento fue ir a la tienda de su primo para conversar con Charo, su cuñada; unos minutos después se puso en marcha, las luces de los faroles en forma de piedras redondas fosforescentes de la plaza le dieron la bienvenida. Al llegar a la tienda de su primo, se alegró al ver a su cuñada de tanto tiempo.

Nuevamente Ignacio se sentó en la banqueta, atento ahora a las palabras de su cuñada. Conversaron sobre el estado de salud de los familiares e Ignacio cambió de tema y fue al grano:

—Charito, el Rigo te ha debido contar sobre mi encuentro con esa chica, la tal Azucena, sólo por curiosidad, ¿tú la conoces?

Doña Charo, risueña, pareció complacida con la pregunta y, siendo notoria una estima hacia la muchacha en su tono de voz, dijo:

—Es una chica especial; pero para algunos, como su misma familia, es un fastidio, y con mayor razón la gente la trata como a una loca; pero no es así. Para mí es como una niña inofensiva y humilde.

—Cuando la vi lo noté —dijo Ignacio—; lo que me intriga es saber que le pasó, ¿por qué está así?

—Nadie sabe lo que realmente le pasó, unos dicen que en una caída se golpeó la cabeza, otros dicen que la atropelló un automóvil. De lo que estoy segura es que ella era completamente normal, estudiaba para profesora de Psicología y Filosofía en Sucre.

Quedaron en silencio un instante. Entonces doña Charo comentó:

—¿O será que ha querido demasiado? Porque algunos dicen que se casó. Como era tan bonita, alguien ha debido atraparla, pero su familia no quiere hablar al respecto —se quedaron pensativos un momento, luego, mirando fijamente a Ignacio doña Charo dijo—. Tú eres el único que se está preocupando por esta muchacha. Algunas tardes viene a la tienda, yo le hago sentar ahí mismo donde estás. Me considera su amiga, cruzamos algunas palabras y me da gracias por algunas cositas que le obsequio.

—Qui... quisiera hacer algo por ella, ¿crees que vendrá mañana? —preguntó Ignacio, como a la carrera.

—No vino hoy, seguramente vendrá mañana, encargaré a alguien para que su madre la traiga; ella te conoce, le diré que quieres ver a su hija. Además sabe cómo eres.

Ignacio desde su juventud había dado todo el apoyo que tenía al lento desarrollo de su pueblo. Sus primeros pasos de profesional como economista los dio en su municipio y su trabajo actual tenía que ver con la relación que podía tener con las poblaciones de iguales condiciones. Muchos lo conocían por su solidaridad y humildad. Cuentan por ahí que se quedaba en las

comunidades, acompañando a algún enfermo hasta que éste mejorara, y también les llevaba medicamentos.

Más tarde, Ignacio en su lecho daba vueltas, sin poder conciliar el sueño, recordaba el encuentro con Azucena: sus ojos verdes, el polvo que levantaba al caminar con sus sandalias y la cabeza inclinada. Una y otra vez volvió a naufragar en el mar verde de sus ojos, pero entonces, como un intruso que se adueña de todo, seis palabras de su cuñada Charo rebotaban como ecos en su mente: *“¿O será que ha querido demasiado?”*

Sus pensamientos se centraron en “esa frase”, y en la muchacha, hasta que él mismo empezó a cuestionarse:

“¿Será que yo también he entregado demasiado?; vine a mi pueblo para alejarme de mis recuerdos, pero soy atacado por ellos.”

Ignacio soltó un suspiro, que reflejaba los miles de recuerdos atrapados en todo su ser. Abrió la jaula de su corazón, y por las rendijas sus recuerdos empezaron a fluir en forma de aves y mariposas de todo color, porciones de brisa con olor a cielo y ríos, perfumes dulces con sabor a miel, canciones y poemas escritos por el amor.

Todos esos retazos de memoria, esa noche tan especial, fueron liberados para ir a habitar para siempre al lado de las estrellas.

“Entre el amor y la locura” de David Vildoso Lemoine, es una novela enigmática que descubre el poder del amor en todas sus manifestaciones y sobrepasa todo límite. Esta narración lleva al lector por caminos inesperados, pero placenteros. Debo confesar que es uno de los mejores libros románticos que he leído en mi vida y que la precisión poética del autor me sorprendió hasta el punto de sacarme lágrimas y sonrisas. El autor, logra compactar el amor y sus matices entre oscuros y claros, como lo haría un músico con una guitarra, dándonos una tonada que deja un sabor entre lo dulce y lo amargo; al fin y al cabo: el amor nos lleva al cielo pero también nos conduce hacia abismos insondables de la locura. Anticipo, y puedo asegurar que esta hermosa obra quedará impresa en los corazones de aquel que la lea y que su huella jamás será borrada mientras haya vida.

Vanessa Giacoman
Escritora de Géneros Diversos

David Vildoso nos trae esta hermosa obra, que rescata los elementos de la literatura clásica de amor y los adecúa a una novela contemporánea. Nos transporta a explorar los majestuosos paisajes de Sopachuy. Viajar por las ciudades de Sucre y La Paz para llevarnos de vuelta al área rural; sentir el amor más puro y a compartir con el protagonista un pedazo de su existencia real y fantástica a la vez.

Carla Angelo
Autora de la saga FORIS

En apego a la verdad, el suicidio no es un tema que espero encontrar y es el que menos busco a la hora de elegir una lectura; sin embargo, hay excepciones como la que se presenta en la obra de David Vildoso Lemoine. “Entre el amor y la locura” coquetea con una narración coloquial y frases de contemporaneidad que dejan en claro que, si es de amor, es mejor morir más de una vez, y es que en la repetición se cae en cuenta de que uno ama la vida no porque es un ser vivo, sino un ser que ama.

Ernesto L. Calizaya F.
Escritor y periodista

